

La extraordinaria historia de Juan Barreto 41 y 42

Carlos Roncero



Image not found.

Capítulo 1

41

Solo y desamparado se hallaba el maestro. Tras la promesa por parte de las autoridades de capturar a los malhechores, quedó a merced de las circunstancias en medio del amanecer bullicioso de Madrid. La brisa mañanera le produjo un escalofrío, recordándole aún más su condición de indefensión absoluta. ¿Qué haría ahora?, ¿cómo resolver una situación como aquella él solo? Porque, ¿a quién podía acudir? Consideró a don Gaspar Melchor de Jovellanos, pero ¿qué le diría? ¿En qué modo podría ayudarle el ilustrado sin comprometer su puesto? Descartó también a don Francisco de Goya, a menos que el hambre extrema le empujara a su casa, cosa que, en realidad, no deseaba, más por vergüenza que por cualquier otro sentimiento. Tampoco estimó prudente acudir a la pensión donde se habían hospedado, pues era obvio que estaría vigilada por los hombres de Carrasco. ¿Cómo haría para sobrevivir? Debía buscar un oficio, pero ¿qué sabía hacer él salvo enseñar?

En tales divagaciones se hallaba cuando cayó en la cuenta del torbellino humano que le había succionado. Estaba en el mercado. Sus olores y gritos lo delataban. Quiso huir pero, abrumado, optó por sentarse en uno de los escalones de la plaza central. Los madrileños pasaban a su lado ignorando su presencia. Apoyada la barbilla en la palma de su mano y ésta en la rodilla, el maestro suspiró. Su estado era tal que le molestaba respirar, sentir, ver, escuchar...incluso casi vivir.

Cerró los ojos y se tapó los oídos, convirtiendo el ruido en un simple rumor persistente. Fue entonces cuando sucedió, ahí estaba de nuevo el aire llenando su diafragma. La boca no optó por el embudo sino por una forma mucha más abierta, como si quisiera obligarle a sonreír. Sabía lo que estaba a punto de sucederle; solo deseaba que en medio de toda la multitud no le saliera la voz de castrato. Un impulso le obligó a levantarse y abrir los brazos lo mismo que si anunciara un espectáculo de comienzo inminente.

Y, en efecto, el espectáculo comenzó. Juan Barreto comenzó a cantar con alegría contagiosa para todos los presentes. Cantaba con potencia, queriendo llegar a cada puesto del mercado. Su voz de atractivo tenor pronto llamó la atención y la gente hizo animada un corro a su alrededor. Miraba a cada uno de ellos, les sonreía, les guiñaba el ojo mientras su canción les alegraba los corazones. La primera moneda no se hizo de rogar y cayó a sus pies anunciando la llegada de numerosas compañeras. Al terminar, los aplausos y piropos le llovieron como las monedas, lo que le impulsó a continuar para mayor deleite de su público. El repertorio era

interminable: dramáticas, cómicas, amorosas. Todos recibieron lo que deseaban oír, incluso los niños abandonaron sus travesuras para escucharle.

Cuando la multitud retornó a sus quehaceres, Juan Barreto, aun sin comprender del todo lo que había ocurrido, se acomodó de nuevo en el escalón y, con el aire feliz de su cantar aún en el cuerpo, empezó a contar las monedas que rodeaban sus pies. Con aquella cantidad podría comer e incluso buscar una pensión modesta para pasar la noche. Se extrañó ante una habilidad, la del canto, que ignoraba poseer. Apenas había terminado de plantearse esa cuestión cuando recordó los cuchillos de don Diego Quintana y Salazar. El encantamiento de las dagas era real, porque, si bien nunca había cantado en público, sí era cierto que, desde muy niño, había deseado ser cantante, solo que la realidad de su vida había relegado tal anhelo al más abandonado de los cobijos de su consciencia.

Miró con precaución uno de los cuchillos. La sangre seca de su hoja le recordó la amarga pérdida del capitán Cardosa y la angustia que le provocaba el secuestro de Rocío. Suspiró y cerró la chaqueta protegiendo las dagas de los ojos ajenos. Determinó entonces no dejarse abatir por las circunstancias: tenía dinero y ya sabía cómo conseguir más si le hiciera falta; por de pronto, ahora convenía llenar el estómago y procurarse un techo.

Tomó habitación en una posada cercana al mercado donde, además de comer, pudo darse un merecido baño. Ni por un segundo abandonaba los cuchillos, incluso en el balde que hacía las veces de bañera. Mirándolos, se preguntaba qué había esperado don Diego de él al entregárselos. Un misterio que se sentía incapaz de resolver. Descartó buscarle en prisión; era demasiado comprometedor para él, resolviendo permanecer en la ciudad no fuera que el pirata tuviera algún plan de fuga y necesitara encontrarlo con facilidad. Fijaba la vista en las empuñaduras de las dagas reconociendo, únicamente, su esmerada, y enigmática decoración, pues de resolver su secreto, se rindió con prontitud.

Regresó a la plaza del mercado, a la misma hora que el día anterior, dispuesto a ganarse el sustento con un nuevo recital. Percibió, además, que la gente le reconocía y le saludaba con alegría; incluso se apartaban haciéndole un pasillo pues intuían que se dirigía al mismo escalón con la intención de entretenerles. Cuando ocupó su puesto y se aclaró la voz vio cómo el gentío le rodeaba en un silencio expectante.

No les defraudó. En cuanto percibió la presión en el diafragma empezó su repertorio, quedando pronto la periferia de sus pies asediadas de monedas. Se los agradeció vivamente asegurándoles que no faltaría a su cita al día siguiente, marchándose feliz su público ante la promesa hecha. Se sentó con el ánimo revivido y empezó a contar las monedas sin percatarse de que una de las personas había permanecido frente a él

observándole. No fue sino cuando sus raquítricos pies entraron al alcance de su vista cuando Juan Barreto levantó la cabeza. Un viejo le observaba ofreciéndole una sonrisa como saludo. Algo en su mirada acuosa y quebrada le decía al maestro que debía andar prevenido.

- Quien canta sus males espanta. Al menos, eso dicen- habló el viejo con una sonrisa.

- ¿Nos conocemos?- le dijo sin levantarse.

- Lo cierto es que sí- contestó el viejo pomposamente-. Ah, veo por vuestra expresión que mi cara os resulta familiar.

Juan Barreto se levantó asombrado, aunque también molesto.

- ¡Crispín!- señaló a modo de protesta.

- En efecto, el mismo viejo Crispín- anunció el director de teatro sin abandonar su sonrisa.

- Vos nos entregasteis a las autoridades.

- Aunque esa acusación no es del todo correcta, he de reconocer que vuestro prendimiento me causó un gran pesar.

- Dejaos de monsergas; nunca debimos fiarnos de vos.

- Estáis en vuestro derecho de protestar...

- Por supuesto que lo estoy- le interrumpió.

- Pero como os dije aquel día: ellos llegaron antes que vosotros. Nada pude hacer...hasta hoy- y terminó la frase revistiendo de picardía la expresión de su cara.

- ¿Cómo que hasta hoy?- preguntó el maestro atraído por el tono de sus últimas palabras.

Sin añadir nada más, Crispín se puso firme, frunció su entrecejo, puso las manos en jarras y habló con una energía inusual en una persona de su edad.

- Recordad, joven, por qué estáis aquí esta noche. Os va la libertad en ello. No defraudéis al rey, ¿entendido?

Juan Barreto abrió la boca maravillado. Aunque quería hablar, las palabras se le atascaban en la garganta. Crispín sonrió esperando a que el

maestro se pronunciara.

- ¡Vos!- dijo al fin- ¡Vos sois el militar que detuvo a don Diego en el Palacio real! Ya me pareció vuestro rostro familiar, pero no pude hallar el motivo.

- Os lo ruego, hablad más bajo. De lo contrario lograréis delatarnos.

- ¿Pero cómo...?- preguntó menos alterado.

- Tranquilidad. Todas las preguntas serán respondidas a su debido tiempo. Ahora, decidme lo más importante: ¿tenéis con vos los cuchillos?

Juan Barreto retrocedió un paso temeroso de que Crispín se los arrebatara.

- Sí, ¿por qué?

- No temáis- y mostró la sonrisa tierna del sabio ante el ignorante- No son para mí; conozco bien la maldición que encierran y no querríais ver el instinto oculto que me despertarían esas dagas si cayeran en mis manos. Solo quería saber si las llevabais con vos. Visto que sí, seguidme.

42

Juan Barreto supuso con acierto que Crispín le conducía a su viejo teatro. El director avanzaba entre las callejuelas a paso vivo y sin levantar la vista del suelo, haciendo temer más de una vez al maestro que le perdería de vista. Una vez en el recinto, Crispín le pidió que se acomodara en alguna de las butacas de la primera fila. Sobre el escenario, dos de sus actores ensayaban una obra que reconoció de inmediato pues Lope de Vega siempre había estado entre sus autores preferidos. El maestro abrió la boca asombrado al tiempo que señalaba a los actores, no porque su declamación fuera particularmente destacable sino porque reconoció en ellos a los dos guardias que se habían llevado a don Diego del palacio real.

- Sí, sí- le confirmó Crispín con orgullo-, son ellos, son ellos. Ahora, sed tan amable de esperar aquí un instante.

Crispín chasqueó los dedos y los dos miembros de su troupe abandonaron de inmediato el escenario. Juan Barreto se acomodó como pudo en su asiento esperando algún acontecimiento inminente. El silencio y la luz trémula de la claraboya del techo le desangelaban el ánimo. Por

fin, el crujido de la madera le anunció que alguien entraba en escena. Don Diego Quintana y Salazar avanzó con pasos lentos hacia el centro del escenario, se volvió hacia su invitado y, quitándose el sombrero, le hizo una profunda reverencia.

- Juan Barreto, mi buen amigo- le dijo con su voz recia y profunda-. Nos volvemos a encontrar. Ya os dije que lo tenía todo planeado. Recordad siempre que los planes sencillos son, la mayoría de las veces, los más adecuados. Siendo mi hermano hombre de confianza de su majestad, comprenderéis que conozca todos los rincones y pasadizos del palacio. No resultó complicado introducir a los actores de esta modesta compañía en el cuerpo de la guardia y suplantarlos previa una pequeña trifulca con resultado satisfactorio para nuestros intereses. Luego, el bueno de Crispín hizo el resto; debéis reconocer que estuvo sensacional, aunque yo no le anduve a la zaga- se acarició la barba con evidente falsa modestia y, percatándose de que ya no le hacía falta, se la quitó con gesto cansado- No sabéis cuánto calor da una barba ajena. Esto también se lo debemos al buen Crispín; es un gran maquillador. ¿No habláis?, ¿no decís nada? ¿Tan perplejo os he dejado?- le preguntó viendo la gravedad con que le miraba el maestro.

- Cardoso ha muerto.

Don Diego bajó la vista.

- Lo supuse en cuanto os encontramos solo. ¿Y la hermosa Rocío?- preguntó sin darle mayor importancia a la noticia.

- La raptó vuestro contramaestre.

- Mi antiguo contramaestre, si me permitís la aclaración. Vaya, esa jugada sí que no la esperaba.

- Quería vuestros cuchillos.

El pirata sonrió.

- Por supuesto, todos los desean, aunque parece ser que no los consiguió, de lo cual os estoy agradecido- esta vez la reverencia no fue tan exagerada-. Parece que esas dos maravillas os han convertido en toda una celebridad del bel canto en el mercado. Cantante, ¿quién lo hubiera imaginado? Os viene más al pelo la clerecía- y rió, aunque en vista del rostro circunspecto del maestro, su risa duró poco- Imagino que estáis preocupado por Rocío.

- Imagináis bien.

- Es evidente que la han raptado como moneda de cambio. ¿Os dijo acaso esa sabandija de Carrasco dónde podríais encontrarlo?

- Dijo que yo sabría dónde encontrarle, pero lo cierto es que no tengo ninguna idea.

Don Diego rió en silencio.

- Claro que lo sabéis, mi buen amigo, lo que sucede es que pensáis como un maestro y no como un pirata. ¿Qué supone esa cucaracha que sois respecto a mí?

Juan Barreto quedó pensativo pues hasta ahora no se había planteado esa cuestión. Quedó atónito al hallar la respuesta.

- Está en la cala- le dijo asombrado al pirata-. Está en la cala donde nos conocimos, donde vos decís que está vuestro tesoro.

Don diego saltó del escenario al patio de butacas sin dejar de mirar al maestro, que ante aquel movimiento se sintió como galeón abordado.

- Y lo está, os lo aseguro, y lo está, pero sin esos cuchillos que tenéis en vuestro poder nadie puede acceder a él.

- ¿Y qué haremos?- preguntó aun intimidado por la presencia tan cercana del pirata, quien se sentó a su lado.

- Por de pronto, vos me entregaréis esa pesada carga que lleváis y que me pertenece por legítimo derecho.

Juan Barreto mantuvo la mirada del pirata. Por alguna extraña razón, no deseaba desprenderse de ellos.

- Vamos, mi buen maestro, que lo de ser cantante no es lo vuestro- y extendió la palma de la mano para que se los entregara, acción que ejecutó lentamente. En cuanto los tuvo en su poder, don Diego los besó como hijos pródigos y los guardó en el interior de su ropa-. Bien está lo que bien acaba- señaló-. Ahora, mi viejo amigo, quiero presentaros a algunas personas que me son muy queridas- dio dos palmadas, no tardando en aparecer sobre el escenario un grupo de unas veinte personas presididas por el viejo Crispín- Aquí tenéis a mi nueva tripulación. Vamos, no me miréis así, Juan Barreto. Han demostrado su agilidad en el engaño y en la batalla. Están preparados.

-Y un poco cansados de este oficio malagradecido- añadió Crispín.

- Con ellos y con vos, si decidís uniros, iremos a mis posesiones del sur, es decir, a las posesiones de mi hermano, y desde allí fletaremos un barco para enfrentarnos a ese felón malnacido, ¿qué os parece?

Juan Barreto tardó en sonreír, pero al fin lo hizo.

- Bien.

- Bravo, mi buen amigo- festejó el pirata-, pero tened presente que al dar ese paso os estaréis convirtiendo en un proscrito.

Juan Barreto quedó en aquella butaca toda la tarde meditando la conveniencia de seguir a don Diego en sus fechorías. De maestro a pirata. La reflexión se le hizo cuesta arriba. Él, que en todo momento había sido un adalid de la legalidad y el pacifismo, ¿daría el paso hacia la delincuencia? Angustiado por su moralidad, se levantó y anduvo de un lado a otro de la platea. Deseaba, ante todo, vengar la muerte de Cardoso y recuperar a Rocío. ¿Y si una vez conseguido decidía retirarse y emprender una vida decente lejos del pirata? Estaba seguro de que don Diego lo entendería. Devolvería a Rocío a su padre y quizás este, en agradecimiento, le diera algún oficio dentro de sus propiedades. No era mala opción y a ella se aferró, aunque guardándose mucho de no revelarla al pirata hasta que llegara el momento adecuado. Por otro lado, esos cuchillos habían despertado en él una intensa curiosidad por ver la realidad del tan afamado tesoro de don Diego Quintana y Salazar. Tampoco se le escapaba que fue a aquella misma cala donde llegó desde la cueva que partía de su pueblo. Debía de ser turbador tenerla de nuevo en frente; de hecho, no le parecía demasiado descabellado pensar que haciendo el recorrido inverso podría llegar no solo a su pueblo sino también a su tiempo. Detuvo su andar nervioso. ¿De verdad quería regresar a su pueblo? ¿Quién le esperaba allí? Seguramente a esas alturas, el oprobio y la desolación provocados por la guerra lo habrían convertido en una aldea fantasma. Además, ¿cómo escalaría la sima sin ayuda? Negó con la cabeza y continuó andando, volviendo a la cuestión principal sobre la moralidad de unirse a la tripulación de don Diego.

Luego de un día entero de reflexión, el pirata perdió la paciencia.

- Me desconcertáis, Juan Barreto: primero me dais prisa por rescatar a Rocío y ahora dudáis sobre la rectitud de nuestras acciones. Pues sin lo uno no tendréis lo otro, de modo que no le deis más vueltas. Le he anunciado al monarca, bueno, se lo ha comunicado mi hermano, que marchó al sur. Si lo hubieras visto afligido por la huida de don Diego, o sea, mi huída- recalcó con orgullo- Me llegó a confesar que le daba vergüenza mirarme a la cara. ¿Os lo podéis imaginar?- y rió-. Nada, que me ha dado licencia y partimos mañana, y vos vendréis con nosotros-

terminó señalándole con el índice para recalcar su decisión inapelable.

La comitiva parecía la propia de un rey, de tal guisa gustaba don Alfonso de mostrarse al pueblo madrileño. Con sus mejores galas y en su carruaje más lujoso desfiló por las calles con su ejército de criados, recién salidos del gremio teatral. Crispín y Juan Barreto tenían el honor de acompañarle en el coche, asomándose con frecuencia el viejo director de teatro por la ventanilla para saludar a la gente que les dedicaba su asombro. El maestro enmudeció durante todo el trayecto, mientras don Diego y Crispín no cesaron de recordarse anécdotas comunes. Reían y enrabiaban según el final que tuviera la historia. De vez en cuando, don Diego le brindaba a Juan Barreto una mirada de respeto, pero no era suficiente para sacar al maestro de su ostracismo.

- Parecéis un enamorado, eso es lo que parecéis- le reprochaba el pirata con alegría para de inmediato continuar hablando con Crispín. Y en verdad que a un enamorado se asemejaba con esa pose abandonada y la mirada perdida en el paisaje.

Cinco días necesitaron para llegar a las posesiones de don Diego, teniendo que continuar en ellas el pirata en el papel de su afeminado hermano, don Alfonso. Quedó gratamente sorprendido el maestro al ver cómo los campesinos de sus tierras salían a recibirle con júbilo, sobrecogiéndole la sinceridad evidente e innegable de aquel acto.

- Bienvenido a mis tierras, Juan Barreto- le dijo orgulloso el pirata-. Descansaremos en ellas un día. Moveos a vuestro antojo pero recordad que partiremos mañana al alba. La fama de mi gruta se ha extendido más allá de donde yo hubiera deseado; es hora ya de mudar mis riquezas.

Encontró Juan Barreto en el pequeño feudo de don Diego unas tierras cultivadas por unos campesinos felices y, a ojos vista, bien alimentados. No cabía en ellos la zozobra ni el desencanto, viéndolos moverse con buen ánimo a todos sitios. Le sorprendió la ausencia de niños en el lugar. Tanto le inquietaba este dato que terminó preguntarle a un labriego, obteniendo por respuesta que a esas horas lo normal era que los niños estuvieran en la escuela que don Alfonso les había abierto. La noticia le llegó como un mazazo, no por desagradable sino por inesperada. Cuando al fin reaccionó, se dirigió con paso vivo al pueblo comprobando que sus calles lucían vanidosas su empedrado y un simple pero eficaz sistema de alcantarillado. Los más infantes jugaban en la calles, libres de infecciones. Activando ese instinto que tenemos los humanos de mirar el interior de una vivienda si la ventana está abierta, se asomó por la ventana de una de las casas para comprobar que en ella había más comodidades que en las de su pueblo en 1936. Los árboles frutales y los jardines terminaban de decorar un lugar anacrónico si se comparaba con otros latifundios andaluces. Tan consternado quedó que

buscó ordenar sus ideas a la sombra de un abedul que presidía la plaza. De modo que, después de todo, don Diego era un filántropo. No terminaba de encajarlo.

- No os engañéis- le sorprendió la voz del pirata a su derecha. Allí estaba él, convertido aún en don Alfonso mirándole orgulloso.

- ¿De qué no debo engañarme?

Don Diego se dejó caer a su lado.

- De esto- y señaló a su alrededor-. No robo para dárselos a los pobres.

- ¿Y cómo explicáis un lugar como este?

El pirata señaló su cabeza.

- La conciencia, amigo mío. Si he creado este rincón es porque con la conciencia tranquila robo mejor.

- ¿Y por qué robáis?

- Me gusta robar y detesto trabajar. Fijaos bien que en eso no me alejo mucho de la mayoría de las gentes de este país.

- Pero robar está mal.

- Por favor, Juan Barreto, no seáis tan inocente. ¿No sabéis que este es el país de Alí Babá? No conseguiréis resquebrajar mi determinación ni un ápice. Si os sirve de consuelo, solo robo a los ricos y, por supuesto, a la corona.

- Pero robando a la corona impedís que se invierta en el país.

- Ya invierto yo- y volvió a señalar al pueblo-, no os preocupéis. Mirad, Juan Barreto, me sois en verdad simpático. Os he cogido cariño. Sois íntegro y eso, hoy en día, es muy difícil de encontrar- el pirata calló unos segundos para mirar a la plaza- os propongo un trato. Sí, un trato, no me miréis así. Venid conmigo a rescatar a Rocío y deshacerme de esos traidores, ayudadme a mover mi tesoro de lugar y cuando regresemos aquí os nombro maestro del pueblo. El nuestro ya merece el retiro. ¿Qué decís? Ah, sí, olvidaba que vos necesitáis años para decidiros. De modo que os dejo aquí solo, con vuestros pensamientos y dilemas. Si os alcanzara el hambre, no dudéis en entrar en cualquiera de las casas. Os invitarán con mucho agrado.

El pirata se levantó con algo de dificultad y se alejó del árbol saludando a todo aquel que le salía al paso adoptando el tono afectado de don Alfonso.